

## GUIPÚZCOA PINTORESCA



### UNA VISITA Á ERDOIZTA

#### (A mis compañeros de expedición)

La costumbre de realizar giras campestres que tanto caracteriza y se halla en boga en otros países, va cundiendo en estas provincias bascongadas, invitando á ello la naturaleza del suelo, accidentes del terreno, el panorama que se disfruta y hasta sus recuerdos históricos.

El objetivo de este paseo era la visita á *Erdoizta*, apartado rincón de la provincia de Guipúzcoa, que, si desprovisto del ornato y galas que caracterizan la munificencia y abundancia, es en cambio, aparte de su originalidad, depósito de esas bellezas que la naturaleza calcó pródiga en estas benditas montañas, lugar memorable que según la tradición fué baluarte y cercado temible donde se libraron los *duelos parciales* y las discutidas batallas de la guerra cantábrica perteneciente al antiguo *Arracillum* (posterior *Erretzil* y hoy *Regil*) muy cerca del *Celatum*, paraje rara vez visitado por la falta de vías de comunicación, aislamiento y especial situación topográfica, todo lo cual, unido á las fantásticas leyendas que nunca faltan respecto á la vida de sus moradores con el aditamento de las reminiscencias de los primeros pobladores, daban á nuestra expedición nuevos alientos, constituyendo así su mejor aliciente.

Con objeto de que la jornada se llevase á efecto con la regularidad posible, teníamos por punto de cita al pueblo de Aya, situado en la falda del monte Pagoeta que hasta el año 1563 formó parte de la Al-

caldía mayor de Sayáz, cuna del célebre Marcos de Gorostiola, Regente en Nápoles en el siglo XVI, y que hoy, aparte de sus atractivos naturales, reúne el de ser dueño y depositario de una magnífica armadura que su amable y celoso vicario D. Ignacio Barrena enseña gustoso á cuantos solicitan curiosearla. Se trata de una preciosa joya del siglo XV que á juicio de los inteligentes es el trabajo más acabado por la perfección de sus grabados y estilo de la época, coraza que ha llamado la atención en cuantas exposiciones se ha presentado y por la que desfilan anticuarios, potentados y títulos que se disputan su adquisición ofreciendo por ella sendos miles de duros.

Desde Aya aprovechamos la carretera recién construida y que en forma de eses continuas nos había de conducir en parte hasta Iturrioz, sitio destinado á pasar la noche, sacrificando esta monotonía del viaje á cambio de resguardarnos de los rayos del sol que por ser las primeras horas de la tarde castigarían nuestros cuerpos; pero apenas recorrimos cuatro kilómetros, cuando enfilamos un sendero que además de atajar nuestra caminata nos ofrecía mayores atractivos. Por estos lugares, en pleno sol y como si la inmensidad del paisaje convidara á nuevos horizontes, daba principio la expansión comenzando los diálogos con el sistema de las comparaciones, ya recordando otras excursiones, los paisajes de Suiza y en general todo cuanto puede abarcar la imaginación en tales situaciones. Discurríamos por *Alzuru-zelay*, un pequeño bosque, cuyo espeso ramaje nos resguardaba de los rayos del sol, á cambio de tener que encorvarnos en algunos puntos, postura que aunque un tanto molesta era soportada por cuanto la naturaleza nos compensaba ese sacrificio para que hiciéramos un regular acopio de setas tan ricas como apreciadas. A pocos centenares de pasos y en dirección á otro puerto obligado, divisamos el Hernio y á su pie aparecía la verde montaña salpicada de puntos blancos que, más movedizos cuanto más nos acercábamos, eran los numerosos rebaños que allí pasan la mayor parte del año; y aquella grandiosa soledad, interrumpida por los balidos de las ovejas, los avisos de los pastores y los perros de los caseríos comarcanos que nos saludaban como á personajes extraños, daba mayor realce al cuadro, saturando nuestra expedición de determinado sabor entre expansivo y alegre, que sazonzara nuestras ascensiones y descensos en el calvario que voluntariamente emprendimos.

Cuando el sol se despedía en el último tercio de su carrera, sudo-

rosos y algo fatigados, pero llenos de satisfacción y regocijo, llegamos á Iturrioz donde con nuestras *makillas* golpeamos la puerta al saludo cristiano y proverbial en este país de ¡¡Ave María Purísima!!, el que trae á nuestra imaginación el recuerdo de que durante 234 años y hasta hace cinco lustras en nuestras Juntas forales se juraba anualmente y sostenía el voto de defender el dogma de la Inmaculada Concepción. Los posaderos nos recibieron con esa amabilidad tradicional en estas provincias, y no sin que antes un hermoso mastín que les sirve de fiel guardián advirtiera nuestra presencia. El *jauna* de la casa nos presentaba á su *echekoandre* y hermosa familia que llena de vida y de lozanía, era fiel semblanza de la propiamente euskalduna.

Es Iturrioz una de las hospederías más antiguas y conocidas en esta provincia. Situada á la falda del monte *Hernio*, á pocos kilómetros de Aya y el punto dominante por el otro lado de la vecina villa de Asteasu, es muy visitada, tanto por los excursionistas que verifican sus ascensiones con objeto de disfrutar de aires puros y saludables y de un rato encantador, como por los que movidos por la fe y devoción y en cumplimiento de santa promesa visitan la Cruz de *Hernio*; también para los cazadores es el punto favorito, por encontrar en todas épocas el objeto de sus entretenimientos, pero más principalmente debe Iturrioz su animación á que es el paso obligado, ó sea la *parada y fonda* para los traficantes y caseros que de las cercanías y pueblos, como Zarauz, Orío, etc., pasan á internarse en la provincia, merced al tráfico y con ocasión especial de las distintas ferias y mercados. Así es que el viajero siempre encuentra en Iturrioz abundancia de comestibles, agua riquísima, muy apetecible cuando más aprietan los calores, y que acredita, por su frescura, el nombre de la venta, *Fuente fría*, á la que debió dar origen. La casa se conserva perfectamente á pesar de sus años de existencia, y bien se explica observando su sólida construcción, así en el maderamen como en las piedras. En su interior abundan habitaciones amplias y desahogadas, posee un comedor que lo envidiarían muchos restaurants y hoteles, porque si está exento (como es natural) de lujo, en cambio dominan en él la luz, rica ventilación y comodidad.

Una de sus habitaciones tiene su historia, por ser la misma donde pernoctó nuestro Patrono San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, cuando fué á su pueblo natal.<sup>1</sup>

(1) En el número 577 de esta Revista publicamos más detalles respecto á este particular.

Mientras nos disponían la cena, ávidos de nuevas emociones y después de aligerarnos del molesto ropaje, salimos á la explanada próxima á gozar de los últimos restos que nos ofrecía el día en aquel panorama hermosísimo.

A diestra y siniestra se hallan esas montañas testigos de varias generaciones y que traen á nuestra consideración cómo la piedra más diminuta arrastrada desde la roca por humilde arroyo va á formar esas moles que por agrupación se transforman en nuevas masas de terreno cobijando en sus entrañas los mármoles, el hierro, la plata y hasta las piedras preciosas, y reconcentrando aun más nuestro espíritu vemos cooperar á la biología en esa grandiosa obra del Creador, pero.... dejémonos de escauceos científicos cuando nuestro prurito se reduce á un día de campo, á refrescar nuestras inteligencias, á declararnos *libres é independientes*, á almacenar grandes dosis de oxígeno, y fijémonos allí enfrente en una peña forma de pico en cuyo vértice se destaca la ermita de Santa Engracia apareciendo en la misma cresta confundida con la pedregosa montaña, al otro lado el Izarraitz sobre Azpeitia ocultando vasto espacio de horizonte, más á su izquierda, el coloso bascongado Aitzgorri, en una de cuyas laderas tiene su asiento la Reina de los cielos N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de Aranzazu y el cual nos impide descubrir las tierras de nuestra hermana Álaba; al lado inverso las montañas de la brava Nabarra para que luego allá lejos, muy lejos, á distancia no perceptible por el ojo humano pero impresa en nuestro corazón, descubramos á Bizcaya. ¡Hermoso país, qué recuerdos para el Laurak-Bat!

Apenas terminamos la contemplación, cuando nos retiramos á la posada al mismo tiempo que el sol como globo de fuego se ocultaba y las elevadas crestas, prominencias accidentadas de roca viva y peñascos inaccesibles que en forma de conos rodeaban aquellos contornos, parecían subir al cielo.

Entramos en la cocina de *Iturrioz*, verdadera exposición del arte retrospectivo con su monumental chimenea en forma de pirámide truncada humeante y como si estuviera bañada de brea, con una atractiva fogata en su centro, alimentada con gruesos troncos *enborrak*, y pendiente la indispensable *laratza* y *paziya*, ó sea la caldera con su grampón y el caldero. Allí contemplamos esos bancos prehistóricos y mesas monumentales de castaño, donde nos sirvieron una cena que, sin pretensiones, era la necesaria para reparar nuestras debilitadas fuerzas, no faltando la tradicional *baratzuri zopa*, sopa de ajo, ni la

rica agua de Iturrioz, comiendo en curiosos platos con tenedores bidentes de palo, *mai-sardiak*, aderezado todo con muy buen humor, hasta que al fin el cansancio se apoderó de nuestros cuerpos y muy silenciosos fuimos uno á uno al ansiado lecho hasta la mañana siguiente.

\*  
\* \* \*

La noche la pasamos bien, por cuanto a los que dormíamos encima de las cuadras nos pareció entre sueños oír la sinfonía de *Semiramis* á juzgar por las coces que daban algunos jacos también expedicionarios, luego un solo de violín admirablemente ejecutado por un carro que pasaba por aquellos lugares y á aquellas horas, más el ¡¡aída!! repetido varias veces (sin petición del público) y el coro de ovejas, palomas, gallinero, etc..

No obstante la cama extraña, (que ya la quisieran en muchos peblos civilizados), cuando nos trasladamos á esas primeras horas á aquellos dulces coloquios que describen los poetas y en que el ruiseñor y las aves cantan mejor que los aprisionados en jaulas y Febo reaparece por entre las rendijas de las ventanas, en fin, en ese momento tan psicológico por excelencia y en el que tanto se apetece el tranquilo lecho.... le da por despertarnos al *pimer agitador* de la cuadrilla y á los rudos y repetidos portazos con la sarcástica sonrisa de *¡¡egun on jaunak!!* nos obligan á poner pie en tierra, para que tras breves horas abandonemos esta mansión, verdaderamente típica de la vida campestre.

Dicho y hecho; ya de madrugada y dirigidos por un guía que nos advierte que en Erdoizta solo se habla el bascuence y á lo que nosotros repetimos *¡seres dichosas!*, emprendemos más afanosos nuestra caminata. El sol va disipando la neblina, las nubes que en los puntos más lejanos parecen masas de algodón que á manera de colgaduras pendían de las cumbres de las montañas, van también olvidándose, solo queda un claro día, y el camino que pisamos es el antiguo que en felices tiempos se dirigía á Bilbao, con sus losas forma rectangular en su superficie, muy anchas y gruesas, lo que seguramente á cualquier arqueólogo haría cavilar sobre que allí debió existir la legítima y verdadera *vía romana*. Pocos minutos después desviamos nuestra ruta internándonos en una espesura de hayas seculares, encinas y castaños que impedían, á excepción de ligeros espacios, distinguir las rá-

fagas luminosas y en que el paisaje, de un color blanco gris, daba admirables tintes á las peñas como á los árboles, interrumpiendo esa nota el verde de las ramas; y así prosigue la imaginación caminando con el viajero hasta pasar la regata *lapur-zulo*, verdadera antítesis, según su nombre lo explica con marcada significación.

Desde este lugar se divisa perfectamente el objeto de la expedición, solo comparable á la barranca que se advierte desde San Miguel de Excelsis á las inmediaciones de Aranzazu, con sus peñas escarpadas y separadas en forma de tajo. Ocupando la parte más céntrica existe una saliente que á manera de observador quiere inspeccionar sus dominios y en donde se asienta la célebre ermita de Erdoizta á la que se sube por un sendero que se abre camino al través del contraste de troncos delgados, junto á otros más gruesos, caídos al golpe del hacha como remendando la osamenta de una fauna extinguida.

Serían las cinco de la mañana cuando llegamos á *Erdoizta*, pequeña ermita de forma circular, que exteriormente parece un pequeño polvorín, cuya parte central remata en forma de bola. Tiene un solo altar bajo la advocación de San Isidro, y si bien la capilla es modesta, goza de la limpieza que caracteriza á estos pequeños santuarios. Dimos rienda suelta á nuestra curiosidad y como *Señores* de aquellas alturas contemplamos la fértil campiña con las doradas extensiones de trigo, los hermosos helechos, el maíz aún luchando por su existencia y la población compuesta de dos caseríos en el alto más otros cuatro ó cinco que en el fondo del precipicio se dibujan hácia el riachuelo *granada-erreaka* que serpea aquellos contornos. Su horizonte se halla limitado por cercanas alturas que lo aprisionan á manera de formidables murallas, y solo los barrios de Alzola y Beama, algo distantes, dan cuenta de la agrupación de los caseríos.

Se halla situado á 460 metros sobre el nivel del mar, barrio agrícola, exento de árboles frutales, abundante la caza de liebres, sin vías de comunicación, y seguramente que á no fiarse de la acrisolada honradez y lealtad de sus moradores, nuestra Diputación hubiera establecido guardia permanente en aquellos aislados lugares como adecuado escondite y albergue de malhechores. Los efectos del rayo y trueno son allí imponentes según la tradición, y máxime cuando la tempestad arrecia con apelonadas nubes y el ruido del trueno retumba con el estruendo más horrible en las penumbras de aquellos solitarios precipicios.

La pequeña campana nos anunció que iba á celebrarse la Misa, para cuyo acto viene la víspera desde el inmediato pueblo de Regil, distante más de dos horas de fragoso camino, el sacerdote, alternando por semestres este penoso servicio los coadjutores de la citada villa. Con la devoción de estos caseros, que aquí conservan vivísima la fe, se llena el reducido templo, siendo la mayoría pastores y admirando más esta piedad cuando se ve que algunos de ellos vienen después de haber recorrido largas horas de viaje. Celebró el Santo Sacrificio el ilustrado y joven sacerdote D. Antonio Alberdi, predicando también una sentida plática apropiada al lenguaje y sencillez de sus oyentes que verdaderamente cautivó á los que allí nos hallábamos. Después de terminada la Misa y revestido el sacerdote con capa pluvial, desde la puerta de la ermita y rodeado de todos los fieles que boina en mano lo circundan, da comienzo la ceremonia de la bendición de los campos, sintetizando así los principios católicos y creencias que en *Erdoizta* permanecen constantes.

Acto seguido y después de un *tente en pie* tan necesario en estas giras, llenos de recuerdos y como sintiendo la necesidad del regreso por itinerario distinto emprendimos nuestra ruta, descendiendo por un camino en *zig-zag* esculpido de piedras menudas que movibles muchas de ellas eran motivos de sendos resbalones.

Si agradable fué el descenso, bien lo pagamos por la subida que debíamos efectuar desde la regata de *Illarragorri* hasta la antes indicada arboleda de *Alzuru-zelay*. Este trozo del camino fué sin duda alguna el más penoso y el punto negro de la excursión, aunque el buen humor suplía con la broma el deleite cuando alguien desfallecido se sentaba diciendo: *ya no puedo más* y recibía la contestación á manera de consigna y como alivio de penas repetida á coro: *¿y el encanto de estos parajes?* En ese interrumpido diálogo alternado con varias paradas llegamos al anhelado bosque desde el cual en media lloira entramos en Aya, donde el distinguido médico D. Segundo Zurriarrain y su amabilísima esposa nos tenían dispuesta una suculenta comida que, aparte de reparar nuestras fuerzas, nos animaba como digno remate de tan feliz expedición.

De *Erdoizta*, como fruto de nuestra gira hemos sacado la consecuencia de que es un barrio propicio al estudio y adecuado para una visita más detenida. No hay allí electricidad, ni vapor, ni luz, ni fábricas, ni adelantos, ni construcciones, pero no establezcamos parale-

los, pues allí se comprueba aquello de que «las ciudades las han hecho los hombres, el campo lo ha hecho Dios», ó como repetía uno de los expedicionarios:

—El que quiera *encontrarme* que me *busque* en Erdoizta.

¡Jamás se borrará de nuestra memoria el recuerdo de tan poética excursión!

Y terminemos de una vez. Se ha establecido en los modernos tiempos como necesidad imperiosa la publicación de estas giras campestres, que al mismo tiempo que contribuyen al fomento de este *sport* son el anuncio de las bellezas que atesoran estas montañas, y sirven también de recuerdo á los compañeros de recreo y fatigas. Yo, que he recibido la alta investidura de cronista de esta expedición, he procurado darla á conocer en esta ligera reseña faltando en ella lo de todos sabido y reservado para los avezados á manejar la pluma. No faltarán por tanto quienes luego hagan mi *crítica* con sobrado fundamento, pero conste que he puesto en aquella toda mi voluntad y mejor deseo y que los verdaderos culpables fueron los que me designaron para este cometido.

RAMÓN SORALUCE.

---

## ITSUTASUNA

---

Itsu dago gizona  
 Ainbat bider lurrean.  
 Amesak gerorako  
 Eiten dabillenean,  
 Zergaitik bere ames  
 Ta asmoak geyenean  
 Zearretarri urten  
 Egiten dabenean,  
 Diño: «nire begiak  
 Naikoa etzirean  
 Ikusteko ekarrena  
 Gerokoak bidean»,  
 Bear zan sasoia ta  
 Ordua eldutean.

Itsu dago gizona  
 Sinistzen dabenean  
 Lagun on bat daukala  
 Bere aldameanean;  
 Baña saldu egiten  
 Ak badau onenean,  
 Lotsatuta ichirik  
 Agirian kalean,  
 Laguntasuna uste  
 Eban ordu berean,  
 Deslai eta billosik  
 Aurkietan danean,  
 Orduanche ak dakus  
 Aldia joatean,